

contener todos los tratados, se apoderaba de Casal y de Strasburgo, no obstante el interés que tenían el duque de Saboya, el emperador y el rey de España en oponerse á que se hiciera dueño de unas plazas que estaban en los confines de sus Estados (1684). Hubo también necesidad de cederle el condado de Ciney, y prevaleciéndose aquel soberano y sus ministros de nuestra debilidad, nos iban despojando poco á poco de lo que por allá teníamos, y con el mas leve pretexto nos hacian reclamaciones y nos pedian en tono amenazador reparaciones de agravios, ó indemnizaciones de daños, muchas veces mas imaginados que recibidos. Hasta á Portugal hubo que dar satisfaccion por una plaza que se habia tomado en la isla de San Miguel, castigando al cabo que la tomó (1).

Las desgracias y calamidades que se experimentaban fuera parecian enviadas para ayudar á la indolencia del rey y de los ministros españoles á arruinar esta monarquía. Una tempestad hundia en el Océano cinco bageles que venian de la India con veinte millones y mas de mil cuatrocientas personas, sin que se pudieran salvar ni hombres ni dinero. La ciudad de Tortorici en Sicilia era destruida por un torrente impetuoso; y rompiendo el mar los diques con que le tenían comprimido los flamencos, inundaba las provin-

(1) Que fué, dice el autor del «Buena va la privanza! Ello dietario manuscrito, gran collo- dirá.»
nería de los españoles. Y añade:

cias de Brabante, Holanda y Zelanda, y dejaba sumidas en las aguas poblaciones y comarcas enteras (1682). El francés sacaba provecho de la flaqueza en que ponian á España estas calamidades, y para defenderse la nacion de sus insultos se logró al menos hacer un tratado de confederacion con la Suecia, la Holanda y el Imperio, á fin de poder defender los Países Bajos, por el interés comun que estas potencias tenían en atajar las conquistas de la Francia por aquella parte.

A tiempo fué hecho el tratado; porque no tardó Luis XIV. en pretender que se le cediera el condado de Alost en la Flandes Oriental, á que decia tener derecho, si bien se prestaba á dar un equivalente, por evitar el acudir á las armas para hacerse justicia. Y como el rey de España, consultado el punto en consejo, contestase no resultar claro el derecho que suponía, Luis que no deseaba sino un pretexto para acometer los dominios que allí nos quedaban, alegó el de no observarse la paz de Nimega para invadir el condado de Alost, y para mandar bombardear á Luxemburg y sitiar á Courtray (1683). No hubo en Europa nadie que no conociera la mala fé y el mal proceder del francés, estando expresamente estipulado en la paz hecha con Holanda no poder poseer plazas sino á cierta distancia de las de las Provincias-Unidas, lo cual se llamaba *barrera*. Pero aunque todas las potencias lo conocian, ninguna se atrevió á defender

la justicia de la causa de España. Circunvalada Courtray, el gobernador, que ignoraba las intenciones de los franceses, envió á preguntar al mariscal el objeto de la aproximacion de tantas tropas; la respuesta del mariscal Humières fué: *que se rindiera, si queria salvar los habitantes de la ciudad.* Efectos de indignacion los españoles, defendieron heroicamente la plaza con muerte de muchos enemigos, pero al fin tuvieron que retirarse á la ciudadela. Batida luego ésta por el de Humières, dueño ya de la poblacion, abierta trinchera y bombardeada, vióse obligado el gobernador á pedir capitulacion, que le fué concedida con todos los honores de la guerra (noviembre, 1683). Dueño ya de Courtray, pasó el mariscal francés á Dixmude, la cual le fué entregada sin resistencia.

Conociendo Luis XIV. que con semejante conducta estaba siendo el objeto de las censuras de toda Europa, publicó un Manifiesto, en que parecia tratar de justificarla, manifestando estar dispuesto á reanudar las relaciones de amistad con la España y el Imperio, quejándose de que los españoles no hubieran querido aceptar el arbitraje del rey de Inglaterra que les habia propuesto, y manifestando á todos los soberanos las condiciones con que él se prestaba á renovar la paz. Decia que si no se le daba Luxemburg, se contentaria con Dixmude y Courtray: que si el rey de España queria darle un equivalente en Cataluña ó Navarra, tomaria una parte de la Cerdeña, compren-

didias Puigcerdá, la Seo de Urgel, Camprodon y Castellfolit ó Gerona, ó bien Pamplona y Fuenterrabía en Navarra y Guipúzcoa. Pero añadiendo, que si el rey Católico no aceptaba alguna de estas disposiciones antes de fin de año, y no le hacia la indemnizacion de los lugares que prometia recibir, á España y sus aliados se deberian imputar las desgracias de una guerra que provocarian negándose á todo acomodamiento ⁽¹⁾.

De esta manera se erigia el orgulloso Luis XIV. en árbitro de su propia causa y derecho ante la Europa escandalizada á vista de tanta insolencia. De sobra sabia él que España no podia acceder á tales pretensiones sin degradarse. Por eso lo hacia, fiado en que en último término la fuerza era la que habia de resolver las cuestiones. Asi fué que la córte de Madrid, por un resto de pundonor nacional, á pesar de su impotencia, tuvo que declarar solemnemente la guerra á la Francia (26 de octubre, 1683), y se mandó salir de los dominios de España á todos los franceses y secuestrarles los bienes. Luis XIV. ya se habia preparado para la guerra, como quien la habia andado buscando; intrigó con los holandeses para que no nos diesen el socorro de catorce mil hombres que se habia estipulado, y entretuvo el resto del invierno las tropas en saquear los pueblos y talar los campos

(1) Historia y obras de Luis XIV. setas de 1683.—Quincy, Historia de los Países Bajos.—Gambetta, Historia militar de Luis el Grande.

vecinos, hasta que llegó la estación oportuna para emprender formalmente la campaña.

En el marzo inmediato se dirigió un cuerpo de ejército al mando del mariscal de Bellefont por San Juan de Pié-de-Puerto y Roncesvalles á Navarra. Mas no hizo sino amagar á esta provincia, porque luego se fué el mariscal al Rosellon á mandar las fuerzas destinadas á invadir la Cataluña. En primeros de mayo amenazaba ya el ejército francés á Gerona, cuando aun no habian tenido tiempo nuestras tropas para juntarse; así fué que las que pudieron reunirse para impedir la marcha del francés tuvieron que retirarse en dispersion al abrigo de aquella plaza, que los franceses embistieron con intrepidez y resolución á los últimos de mayo (1684). Con valor y con brío la defendieron también los sitiados, y tanto, que aunque los franceses venciendo con admirable arrojo todo género de dificultades y sin reparar en la mortandad que sufrían, penetraron hasta el medio de la ciudad, batieronlos allí con tal furor los paisanos armados que los obligaron á retirarse en la mayor confusión, y á recoger la artillería y municiones y abandonar el sitio (1). «Veinte y tres veces, observa á este propósito un escritor español, había sido sitiada hasta entonces

(1) Primeras noticias laureadas de la valerosísima defensa de la muy noble y muy leal ciudad de Gerona contra el ejército de Francia que manda el mariscal de Bellefonds; publicase á 31 de mayo, 1684.—Ilustración á las noticias laureadas, etc.—Relación extraordinaria de las cosas de la guerra de Cataluña, etc.—Tres papeles impresos en la colección de Gacetas de 1684.

esta famosa ciudad, y en todas ellas se había cubierto de gloria, y así los catalanes, aunque toda la nación se pierda, siempre tienen esperanzas fundadas de vencer mientras no se pierda ésta.»

Por la parte de Flandes emprendió el mariscal de Crequi el sitio de Luxemburg, la plaza acaso más fuerte de Europa por la naturaleza y por el arte. Pero á la fortaleza de la plaza correspondían los formidables medios de expugnación que llevó y empleó el numeroso ejército francés que la cercaba, dirigiendo los ataques el famoso ingeniero Vauban, que tanta celebridad gozaba ya, y tan merecido renombre dejó á los futuros siglos. Defendíala el príncipe de Chimay con una corta guarnición de españoles y wálones. No nos detendremos á referir los accidentes de este sitio, que fueron muchos y muy notables. Solo diremos, que después de haber disparado los sitiados cincuenta mil tiros de cañón y arrojado al campo enemigo siete mil y quinientas bombas; después de veinte y cinco días de trinchera abierta, y de haber agotado todos los recursos que el valor, la prudencia y el arte podían ofrecer al general más consumado, el príncipe de Chimay obtuvo una honrosísima capitulación (junio, 1684), saliendo de la plaza con banderas desplegadas, tambor batiente, cuatro cañones, un mortero y las correspondientes municiones. El rey Luis, que se hallaba en Valenciennes cuando recibió la noticia de la rendición, dió por satisfechos y cum-

plidos sus ambiciosos deseos, y se volvió lleno de gozo á Versalles.

No prosiguió adelante esta campaña, porque viendo el emperador y los Estados de Holanda que con la toma de Luxemburg quedaba abierta al francés la entrada en los Países Bajos, apresuráronse á hacer la paz con él, y á ofrecer su mediacion para que España aceptára la tregua de veinte años que le proponia, bajo las condiciones de cederle la plaza de Luxemburg, restituyendo él las de Dixmude y Courtray, bien que arrasadas sus fortificaciones, asi como todo lo conquistado desde el 20 de agosto del año anterior, á escepcion de Beaumont, Bovines y Chirmay, con sus dependencias, y la ciudad de Strasburg. Este tratado se firmó en Ratisbona (29 de junio, 1684). Y Carlos II. de España, viéndose ya sin aliados que le auxiliáran, y con su ejército de Cataluña derrotado por el mariscal Bellefont en una batalla junto al Ter, no tuvo otro remedio que aceptar la tregua, cediendo á la Francia todo lo que Luis habia propuesto y querido. Luis XIV. llegó con esto al apogéo de su poder ⁽¹⁾.

Tambien en Italia habia intentado el monarca francés arrancarnos por la fuerza la amistad de las potencias amigas. No pudiendo en el desvanecimiento

(1) Quincy, Historia militar de Luis XIV.—Coleccion de tratados de paces, treguas, etc.—Historia general de las Provincias-Unidas de Flandes.—Gacetas de 1684.

de su orgullo sufrir que un rey tan débil como Carlos II. de España continuára llamándose protector de la república de Génova, proyectó separar aquel Estado del protectorado español, y so pretesto de agravios que decia haber recibido la Francia, armó en los puertos del Mediterráneo una escuadra poderosa, que se presentó delante de Génova, y comenzó á bombardear aquella rica ciudad. Tanto á este acto de hostilidad como á las amenazas del almirante francés contestaron los genoveses con la altivez y la fiereza propias de republicanos, y se aprestaron á resistir la fuerza con la fuerza. Hubo pues ataques y combates mortíferos; las bombas arrojadas desde las naves incendiaron la casa del Dux, la de la tesorería y el arsenal, y destruyeron ó quemaron hasta otras trescientas (mayo, 1684). El senado, temeroso de sufrir nuevas desgracias, se inclinaba á someterse á las proposiciones del francés; pero los españoles que alli habia se opusieron á ello, y se resolvió responder que no podian aceptarlas, manifestando no haber dado motivos al rey de Francia para que asi los hiciera objeto y blanco de su indignacion. Con esta respuesta se renovaron los ataques por tierra y por mar, los arrabales fueron entregados á las llamas y reducidos á cenizas; pero no obstante estos estragos no se pudo reducir ni al senado ni al pueblo á renunciar al protectorado del rey católico y ponerse bajo el del monarca francés; con que el almirante tuvo á bien mandar le-

var anclas, y dióse la escuadra á la vela con rumbo á las costas de Cataluña, quedando solo el caballero Tourville cruzando las de Génova con cuatro galeotas y cinco navíos ⁽¹⁾.

Entretanto la corte de Madrid no se ocupaba en otra cosa que en miserables rivalidades é intrigas de favoritismo; y mientras el cuitado Carlos II. cazaba y se divertía como si el reino marchára en prosperidad, disputábanse el valimiento y pugnaban por derribarse y sustituirse en el influjo y manejo de las cosas de palacio, no solo las dos reinas, y la camarera, y las damas de la corte, sino personas tan graves como debian ser el confesor y el primer ministro, mezclándose puerilmente y con mengua de su dignidad en una guerra que hubiera podido disimularse en flacas mugeres. El gravísimo asunto que traía embargados á todos, era el deseo manifestado por la reina María Luisa de separar á la camarera, duquesa de Terranova, cuya presencia y cuya severidad la incomodada. Era negocio árduo, ya por la costumbre que habia de que las camareras no se mudáran, ya por las dificultades que ofrecia la eleccion de la que hubiera de sucederla. Designábase entre las que contaban con mas probabilidades para esto la marquesa de los Velez, la duquesa de Alburquerque, la del

(1) Relacion de los incendios y ruinas ejecutadas por la armada de Francia en la ciudad de Génova, con bombas y otras invencio-

nes de fuego, desde el dia 18 hasta el 25 de mayo, 1684: impresa en el mismo año por Sebastian de Armendariz.

Infantado, y la marquesa de Aytona. Y era de ver los manejos y artificios que empleaba la de Terranova para mantenerse en su puesto, y los ingeniosos medios para desacreditar con la reina á cada una de sus rivales, ponderando el genio imperioso y altanero de la una, las impertinencias y la falta de luces de la otra, el odio de la otra á todo lo que fuera francés y hubiera venido de Francia; con lo cual no dejaba de ir parando el golpe, teniendo á la reina indecisa. Pero hacíale una guerra disimulada y secreta la reina madre, que no olvidaba haber sido la de Terranova del partido de don Juan de Austria.

Mezclábanse, como hemos dicho, en estos combates mugeriles el secretario don Gerónimo de Egúía, y el P. Reluz, confesor del rey, y el duque de Medinaceli, su primer ministro, trabajando clandestinamente el confesor y Egúía con la de Terranova para derribar á Medinaceli, y haciendo éste todo género de esfuerzos para sostenerse y para persuadir al rey á que se despidiera á la camarera y al confesor. Los resortes que el confesor tocaba para indisponer al soberano con el primer ministro eran sin duda eficaces, porque hacia caso y obligacion de conciencia, de que tendria que dar estrecha cuenta á Dios, el separar del ministerio un hombre que con su flojedad y su ineptitud tenia el reino en el mayor abatimiento y miseria, y estaba perdiendo y arruinando la monarquía. Representábele la situacion lastimosa de ésta en lo ex-

terior y en lo interior. Que las tropas de Flandes carecian absolutamente de pagas; que el príncipe Alejandro Farnesio, á quien acababa de conferir el gobierno de los Países Bajos en reemplazo del duque de Villahermosa, era un hombre gastador, disipado, lleno de deudas, obeso ademas y gotoso, y por lo mismo completamente inútil para aquel cargo. Que parecia castigo de Dios la peste que estaba asolando las provincias de Andalucía, y se iba extendiendo por un lado á la de Extremadura, por otro á la de Alicante. Que el tesoro estaba de todo punto exhausto, sin verse de dónde poder sacar un escudo: que los grandes vendian sus muebles mas preciosos, los banqueros cerraban sus casas, los comerciantes sus tiendas y escritorios, los empleados renunciaban sus destinos porque no les pagaban y no podian mantenerse, y solo por la fuerza ó la amenaza seguian desempeñándolos algunos; que habia sido necesario sacar muchos empleos á pública subasta, llegando á mirarse como lícito lo que antes se habia considerado siempre como abuso, y los que no se vendian se daban por motivos indignos y vergonzosos; que en las provincias ya no se compraba á metálico lo que se necesitaba, sino á cambio y trueque de unas cosas por otras; en una palabra, que la situacion del reino no podia ser en todo mas deplorable, y que si Dios contenia algún tiempo la ira de los pueblos vejados y oprimidos, tambien á veces la dejaba estallar para castigo de los soberanos

que pudiendo no habian remediado sus males. Y por último, que en cumplimiento de los deberes de su cargo le advertia que si no procuraba poner remedio á tan miserable estado de cosas, no podria en conciencia darle su absolucion.

Tales y tan graves palabras, dichas á un rey tan religioso y tan apocado y tímido como Carlos II. por el director de su conciencia, no podian menos de ponerle pensativo, apenado y triste. Mas como amaba tanto al de Medinaceli, sentia en su corazon una angustiosa zozobra que no podia soportar. Decidióse al fin á llamar al duque, y encerrado con él en su cámara le confió todo lo que con el confesor le habia pasado. Espúsole entonces mañosamente el de Medinaceli que el P. Reluz le parecia un hombre de buena intencion, pero que educado en el claustro, sin conocimiento del mundo, ni menos de los negocios de gobierno, ni de las verdaderas necesidades de los pueblos, ni de las obligaciones políticas de los reyes, era un pobre iluso, de poca instruccion y escaso talento, que por meterse en cosas que no le pertenecian, lo confundia lastimosamente todo, y que asi no debia inquietarse ni padecer el mas pequeño escrúpulo por todo lo que le habia dicho, y lo que le convenia era buscar otro confesor mas ilustrado y prudente.

Vacilante y perplejo el rey entre tan opuestos consejos, consultó al secretario Eguía, el cual, atento como siempre á su interés propio, y dispuesto á sa-